



# Revista Iberoamericana de Argumentación

ἐπεὶ δὲ ταύτην τὴν ἐπιστήμην ζητοῦμεν

## Directores

Luis Vega  
Hubert Marraud

## Secretaria

Paula Olmos

## Edición Digital

Roberto Feltrero

## Reseña:

Vilanova Arias, Javier

*Al menos sé que sé algo*

Vilanova Arias, Javier, *Al menos sé que sé algo. Estrategias argumentativas para fundamentar el conocimiento*. Madrid: Escolar y Mayo Editores, 2015 [ISBN. 978-84-16020-41-6], 188 pp.

Por: Antonio Duarte Calvo

*Departamento de Lógica y Filosofía de la ciencia,*  
Facultad de Filosofía  
Universidad Complutense de Madrid  
[antduart@ucm.es](mailto:antduart@ucm.es)



Copyright©ANTONIO\_DUARTE

Se permite el uso, copia y distribución de este artículo si se hace de manera literal y completa (incluidas las referencias a la Revista Iberoamericana de Argumentación), sin fines comerciales y se respeta al autor adjuntando esta nota. El texto completo de esta licencia está disponible en: <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/2.5/es/legalcode.es>

Hace menos de un año, presencié un acalorado debate en torno a la fundamentación del conocimiento entre dos oponentes que parecían defender dos posturas todavía irreconciliables en epistemología: el realismo y el antirrealismo. El filósofo finlandés Ilkka Niiniluoto, reconocido realista científico, había concluido su ponencia titulada "Explanation by idealized theories", en donde presentaba sus teorías basadas en abducción e inferencia de la mejor explicación. De entre la audiencia, un angloparlante (estadounidense, en mi opinión) del que desconozco su identidad, preguntó al ponente que cómo uno podía estar seguro de que la conclusión de sus inferencias era la mejor explicación. Niiniluoto, se limitó a contestar: "It depends on the context". Parece que la respuesta resultó insatisfactoria para esta persona, porque, hasta en al menos tres ocasiones, trató de reformular la pregunta con la esperanza de obtener alguna otra respuesta. Tras cada nueva intervención del angloparlante, Niiniluoto contestaba: "It depends on the context".

En mi opinión, Niiniluoto no podría haber respondido más acertadamente desde el punto de vista filosófico y, más aún, su escueta respuesta parecía una estrategia argumentativa inteligente para no dar pie a un debate del que sabía que nada en claro se iba a poder sacar en un turno de preguntas de apenas diez minutos.

Javier Vilanova en *Al menos sé que sé algo*, no responde a la pregunta de cómo podemos saber que en la conclusión de una inferencia de la mejor explicación realmente se llega a la mejor explicación, pero sí que nos da recetas para poder hacer frente a los argumentos de los escépticos cuando tratan de demostrar que no tenemos razones para creer (o saber) que sabemos que p (desde luego, es un tema que no se puede discutir en diez minutos). Y estas estrategias se basan en el estudio del contexto. Ergo, la teoría de la argumentación es el marco ideal donde poder hacer frente a la fundamentación del conocimiento.

Dicho esto, ahora cabe explicar cómo el autor acomete semejante tarea. Como él mismo advierte en el prefacio, «este es un trabajo de investigación y no un libro de divulgación» (p. 12); es un trabajo detallado, con análisis filosóficos complicados dignos del tema que trata de resolver. Una investigación de Filosofía Analítica. Y sin

embargo, como también señala en el prefacio, el libro tendría la función de «una pieza de Filosofía Civil, de filosofía puesta al servicio del ciudadano de a pie. Su meta, proporcionar procedimientos para distinguir el genuino conocimiento que, a su vez, sirvan para detectar errores y mejoren nuestros procedimientos de adquisición de conocimientos» (p. 12). Desde luego, no parece fácil combinar estas dos perspectivas en un mismo volumen y sin embargo, creo que ambas se desarrollan con acierto. En mi opinión, Vilanova trabaja el análisis filosófico para dar buenas razones de por qué la fundamentación del conocimiento es un tema de la calle que puede ser abordado en, podríamos decir, cualquier situación.

Mi interés principal se hallaba en lo que en el libro pudiera encontrarse de Filosofía Civil, y estimo que no decepciona. Creo conveniente anticipar que el autor, ya al final del libro, se posiciona como un «escéptico gratamente sorprendido» (p. 163), es decir, escéptico en origen que descubre cómo se puede ir haciendo frente a los problemas sobre el conocimiento y termina valorando los modestos resultados. Es esta posición la que se deja entrever a lo largo de todos los análisis: en el libro se insiste en tratar el problema real del conocimiento y no situaciones idealizadas. Con ello, el lector siente que no pierde la perspectiva de la "vida cotidiana" y que no deja de enfrentarse a los argumentos de los escépticos a través del sentido común (entendido «como una manera de actuar inherente o subyacente a nuestras propias prácticas, producida por nosotros en un largo proceso histórico y sujeta ella misma a las alteraciones de la historia», p. 175). Otra cosa es que el autor justifica esa posición a través del análisis filosófico: para fundamentar que se pueda seguir nuestro sentido común se articulan estudios lógicos y argumentativos bastante complejos que en ocasiones nos recuerdan que el discurso filosófico se torna intrincado cuando uno pretende no dejar muchos cabos sueltos. Es por eso que, principalmente en la primera parte del libro, nos encontramos ante la constante definición de términos y de clasificaciones para poder abordar con propiedad el grueso del análisis. Si bien la tarea es irreprochable, puede distar del propósito de que el libro pueda servir como "manual ante argumentos escépticos" para todo ciudadano. Aunque, ciertamente, el ciudadano interesado en la fundamentación del conocimiento no creo que se vea intimidado ante un texto cien por cien filosófico y, en ese caso, la obra culminaría su función.

Pero vayamos paso a paso. El libro se divide en ocho capítulos que siguen una línea claramente convergente. El autor nos lleva por un camino bien pavimentado, en donde, además, las etapas son claramente reconocibles: planteamiento (capítulos 1 y

2), nudo (capítulos 3, 4, 5 y 6) y desenlace (capítulos 7 y 8).

Nada más empezar el primer capítulo se expone el problema de la justificación del conocimiento como algo que se nos plantea casi a diario. El primer ejemplo, en donde dos amigos charlan en la plaza Mayor de Madrid, nos resulta demasiado cercano como para no sentirnos interpelados como seres humanos de a pie. En este capítulo, además de clarificar ciertos conceptos epistémicos básicos, Vilanova hace hincapié en la tesis de que «si aspiramos a obtener una idea realista del conocimiento, una idea que haga justicia a cómo de hecho es, y no a como nos gustaría que fuera o como sería en un mundo ideal, hay que atender a casos reales» (p. 31). Para ello, se propone a la moderna Teoría de la Argumentación como el marco idóneo donde «salvar las distancia entre los problemas filosóficos y los problemas reales» (p. 31). Esta propuesta se enuncia tras una amena comparación de dudas escépticas que se presentan cotidianamente con algunas tan clásicas de la filosofía como la del genio maligno de Descartes.

Tras esta primera declaración de intenciones, en el capítulo 2, se expone una visión de la Argumentación aplicada al tema de la fundamentación del conocimiento. Inevitables y clarificadoras son las comparaciones que se hacen entre la argumentación y la lógica clásica (y no tan clásica), las definiciones de los contextos argumentales y epistémicos y la presentación de patrones argumentales epistémicos y escépticos. Cabe destacar cómo todas estas cuestiones son tratadas desde una perspectiva totalmente personal del autor. Ciertamente, las definiciones de los elementos argumentativos nos recuerdan a aquellas clásicas desarrolladas por autores como van Eemeren y Grootendorst o Walton. Sin embargo, en *Al menos sé que sé algo*, se construye un mundo argumentativo a la medida de los problemas que serán planteados. Desde mi punto de vista, es en estas cuestiones donde se refleja la libertad de pensamiento de un filósofo: uno valora lo que otros autores ofrecen y toma o desecha lo que le parece conveniente para elaborar su propia vía de investigación; sin mirar de reojo si mis ideas se compadecen con las de otros, sin el corsé de tener que seguir a un determinado autor y sin el temor de tratar a la manera de uno cuestiones ya estudiadas o de haber pasado por alto alguna referencia importante. La consistencia y el detalle de las propuestas y los análisis que contiene el volumen justifican sobradamente esta práctica libre de hacer filosofía.

A partir del capítulo 3, se acomete la tarea de revisar los argumentos escépticos y plantear un patrón argumental reconocible donde poder acudir con el fin de evaluar si, en una determinada situación, estos argumentos escépticos son falaces o, si por el

contrario, cogentes (siguiendo la terminología del autor). El argumento de las evidencias contrarias, el argumento de la posibilidad de error, el argumento de la circularidad de la justificación y el argumento de la mala fe son analizados en los capítulos 3, 4, 5 y 6, respectivamente. Al final de cada uno de estos capítulos, el autor nos ofrece el mencionado patrón argumental reconocible de cada uno de los argumentos estudiados como una «suerte de recetario, una recopilación de consejos y medidas prudenciales que puedan ser utilizados en la práctica de la vida cotidiana o en ámbitos profesionales que lo requieran» (p. 72). Como se dice más adelante y a lo largo de todos estos capítulos, este esquema podría verse como «una especie de manual de emergencia epistémico» (p. 72).

Es de agradecer la revisión que Javier Vilanova hace de los argumentos escépticos de la historia de la filosofía: no solo nos ofrece ejemplos extraídos de Sexto Empírico y su Pirrón o de nuestro pirrónico del s. XVI Francisco Sánchez y su *Que nada se sabe*, sino también argumentos firmados por Descartes, Bacon, Hume, Nietzsche, Schopenhauer y Wittgenstein, y otros de autores más contemporáneos como Putnam, Ayer y Unger. Además, la obra adquiere cierto carácter interdisciplinar cuando también, con el fin de ejemplificar distintas cuestiones, nos encontramos con casos extraídos de la antropología como la consulta del “oráculo del veneno” por parte de los azande (p. 69), de las enfermedades neurológicas como el caso de la anosognosia (p. 146) o de la literatura distópica como 1984 (p. 147).

Como ya hemos insistido sobradamente, los análisis lógicos y argumentativos de cada uno de los casos son profundos y meticulosos. Pero la cosa no queda ahí. Paralelamente a los análisis, encontramos continuas reflexiones que dotan a la cuestión de estudio de una mirada novedosa. Por ejemplo, en las páginas 60-62, Javier Vilanova nos ayuda a perder el miedo a las inconsistencias lógicas: «La existencia de reglas tanto argumentales como lingüísticas que penalizan las contradicciones manifiestas nos induce a pensar que la consistencia lógica es un requisito de racionalidad. [...] El equívoco [...], es decir, el entender un síntoma de imperfección como un síntoma de irracionalidad, procede del equívoco previo de haber confundido una regla argumental con un principio epistémico.» (pp. 61-62). De igual modo, en la página 85 y siguientes, encontramos una distinción fundamental para desenredar los argumentos escépticos de la posibilidad de error: «entre una noción de posibilidad absoluta, o "posibilidad lógica", y otra noción de posibilidad más fuerte y relativa al contexto, "posibilidad real". [...] [L]a de posibilidad lógica es la noción de posibilidad más débil. Y precisamente por su debilidad, que un enunciado sea

lógicamente posible, suele tener muy poca o ninguna relevancia en el curso de la argumentación. [...] Lo importante, lo que hay que determinar es si es realmente posible» (pp. 85-86).

Para el estudio de la circularidad, el autor se embarca en la demostración de que el argumento fundamentador ofrecido por Moore (1940), a pesar de ser claramente circular, no es falaz. Este argumento pretende probar que los «sentidos son una buena fuente para obtener conocimientos en torno al mundo» (p. 105), construyéndose con una cantidad enorme de premisas en donde los sentidos informan de un hecho, y luego este hecho es corroborado por otras vías: por ejemplo, «sus ojos le informaron de que algo sólido se aproximaba y más tarde sintió un impacto en su rostro» (p. 105). Ciertamente, como se apunta en la p. 110, «nuestras intuiciones preteóricas nos dicen que un argumento como el de MOORE confiere algún tipo de evidencia, por muy pequeña que sea, a la conclusión». Con el fin de llegar a una conclusión sobre si la circularidad en MOORE es o no falaz, el autor, además de analizar distintas variantes de circularidad, se inventa un argumento basado en el resultado que nos daría un detector de metales (aunque desconociendo qué es ese aparato). La comparación del argumento del DETECTOR con el de MOORE le lleva a la posibilidad de error en MOORE y a resolver la circularidad de este argumento: «Moore no obtiene el resultado de que sus sentidos son fiables solo porque lo supuso al principio» (p. 111).

Los argumentos de mala fe son presentados a través del pesimismo antropológico de Nietzsche y Schopenhauer. Si bien estoy de acuerdo con el autor en que las motivaciones personales del ser humano no siempre son incompatibles con la adquisición de un conocimiento objetivo del mundo, lo que sí creo es que esas motivaciones son más problemáticas a la hora de dar las razones de nuestras acciones epistémicas (argumentar). «Es entonces cuando dar buenas razones, dice Schopenhauer, es contraproducente, pues hace que el oponente se enroque en su posición o intensifique el uso de falacias como mecanismo defensivo» (p. 129). No hay más que acercarse a los casos de grandes desentrañadores de enigmas condenados al ostracismo por sus colegas y la sociedad (véase Galileo, Semmelweis, Frege o el mismo Schopenhauer) para entender que Schopenhauer tiene buenos argumentos para apoyar esa postura. Aun así, y a pesar de la “maldad humana”, tampoco creo conveniente llevar el argumento de Schopenhauer al extremo (dar un buen argumento no siempre es un procedimiento racional), a pesar de que en ocasiones sea, de hecho, lo más prudente (rememorando las consecuencias que sufrieron algunos por hacerlo).

El autor reflexiona sobre esta postura de Schopenhauer con el fin de obtener justificaciones para seguir el sistema de reglas de la argumentación y las halla en el deseo de organizar nuestra sociedad y conocimiento de acuerdo a ese sistema de reglas (pp. 136-139). Personalmente, me parece muy interesante y adecuadamente introducida en esta obra, la idea recogida por Carlos Pereda de “argumentación violenta”: «la palabra sin norma se convierte en garrote; una buena razón para argumentar bien» (p. 138). Por otro lado, las disquisiciones en torno a este tipo de argumentos de mala fe, llevan también a Vilanova a explorar las emociones y los intereses humanos. Y no siempre, como cabría esperar, la interacción humana con el conocimiento es negativa. En relación con las emociones, encontramos una serie de virtudes y vicios epistémicos: humildad, entusiasmo, curiosidad y solidaridad, de un lado; y soberbia, rencor, egoísmo, impaciencia y ansiedad, del otro.

Hasta el capítulo 6, el autor estudia los patrones argumentales de los argumentos escépticos. En el capítulo 7 es donde se analiza el escenario escéptico, como un híbrido de varios de los patrones estudiados en los capítulos previos. De esta manera, si bien el capítulo 7 sigue la forma de los capítulos identificados como pertenecientes al “nudo” de esta obra, creo que ya se deja ver el “desenlace”. Aquí, se desembrolla la madeja de un argumento como el del genio maligno de Descartes en su versión de paradoja. Haciendo un apresurado resumen de este detallado análisis lógico y argumentativo, el autor concluye que parte del atractivo de los escenarios escépticos surge de la «confusión sobre cuál es la lógica empleada en los argumentos fundadores, es decir, en los argumentos dirigidos a probar que sabemos. [...] Y es que los argumentos fundadores solo aparentemente siguen las leyes de la lógica clásica» (p. 156). En la vida real, casi siempre nos enfrentamos con inferencias retractables: «nuestras inferencias pasan a tener un carácter provisional: son válidas hasta que no aparezcan informaciones nuevas que nos hagan dar marcha atrás» (p. 157). Este carácter de las inferencias reales es el que inevitablemente se encuentra en el estudio de lo que, a mi juicio y siguiendo a Peirce, es la única inferencia que introduce nuevas ideas y, por tanto, genera nuevo conocimiento: la abducción. Sin duda, ya hablemos de abducción, o de argumentos fundadores, la provisionalidad de estos procesos imprime la condición esencial para poder hacer una correcta evaluación de los mismos: siempre hay que prestar especial atención al contexto en que nos encontramos. Por este motivo, el escenario escéptico pierde mucha de su fuerza, ya que esta fuerza estaría condicionada a buscar la probabilidad real de este escenario. El capítulo, al igual que sus predecesores, termina con un

manual de emergencia al que echar mano cuando tratemos de determinar si un determinado escenario escéptico es o no cogente.

En el capítulo 8, el autor concluye la obra con «un comentario que no pretende ser filosófico, sino del todo informal y del todo personal» (p. 161). A pesar de esta advertencia, creo que en este capítulo se encuentra gran parte de la filosofía de este libro. Creo que se trata de una conclusión personal, igual que personales han sido todos los análisis del autor, pero justificada con la filosofía analítica desplegada en los capítulos previos. Como ya anticipé, Vilanova se confiesa como un «escéptico gratamente sorprendido» (p. 163) y aboga por el desarrollo de un «realismo realista» (p. 164). En este capítulo final se proponen vías para la construcción de esta forma de realismo: «intentar ver el saber no tanto como un estado, sino, fundamentalmente, como una actividad. [...] Propongo, pues, examinar sobre todo acciones y procesos, como los constituyentes principales de lo que llamamos conocimiento» (p. 166). Y también se examinan las bisagras fundamentales sobre las que se apoyan hoy en día la mayoría de los posicionamientos antirrealistas (percepción, lenguaje y normatividad). Finalizando con una reivindicación de lo que llamamos sentido común (como un terreno compartido al que ya nos hemos referido previamente) como «la única manera sensata de defender un realismo genuino» (p. 176). Esto, para mí, es filosofía.

En definitiva, Javier Vilanova trata la cuestión de la fundamentación del conocimiento, en principio, sin tomar partido en el clásico debate epistemológico entre realismo y antirrealismo. Sus análisis le llevan a posicionarse del lado del realismo, aunque un realismo muy particular, el realismo realista que huye de cualquier tipo de idealización del conocimiento. En este punto, y presuponiendo que los humanos sigamos las reglas argumentativas cuando buscamos adquirir conocimiento, creo que uno de los protagonistas de mi anécdota inicial hallaría gran regocijo con la lectura de este libro y muchas de sus dudas podrían ser, en gran medida, resueltas. Claro que no está de más preguntarnos si Schopenhauer no estaría demasiado en lo cierto: honestamente, creo que hay quien prefiere no prestar oídos a las posturas que no le interesan y me temo que puede ser el caso de mi angloparlante desconocido. Enrocarse en una postura filosófica, científica o política parece inherente al ser humano no amante de la buena argumentación. Para los demás, para los que sentimos filia por las prácticas argumentativas y notamos la escasez de las mismas, es un placer encontrar posturas argumentadas con buenas razones. En mi opinión, no hay lugar a dudas: el realismo realista de Vilanova se basa en buenos argumentos.